

LA
GUARDIANA
DEL TEJO



La guardiana del tejo

© 2020 Judit Fernández

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: ©Lia Koltyrina/Shutterstock (chica); © biletskyevgeniy.com/
Shutterstock (paisaje de fondo); © Ken Stock Photo/Shutterstock (árbol);
© Julia Buchatskaya/Shutterstock (símbolo)

Primera edición: junio de 2021

Depósito legal: M. -2021

ISBN: 978-84-17626-46-4

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

JUDIT FERNÁNDEZ

LA
GUARDIANA
DEL TEJO



Libros de
seda



La lluvia envolvía las verdes llanuras con una cortina helada que empañaba la vista e inundaba los campos. El galope desenfrenado del temperamental caballo salpicaba con mil gotas las rocas a su paso. El animal respiraba entrecortadamente y dejaba escapar nubes de vapor por los ollares que se perdían en el frío nocturno.

Pese al cansancio, el jinete tensó las riendas para frenarlo ligeramente, al sentir que las manos femeninas en su cintura se agarraban con menos firmeza. Una punzada de pánico le recorrió el pecho al darse cuenta y se negó a permitir que el miedo le dominara en un momento como ese, cuando había tanto en juego.

—¡Para, Kastan, para! —exclamó la joven—. Detente, por favor.

—¡Harás que nos maten, mujer! —respondió él.

Sin embargo, contra su propia intuición, el hombre obedeció la súplica y tiró de las riendas, para desmontar de un salto. Se sacudió el agua de lluvia que empapaba su rostro y resbalaba por sus cabellos, extendiendo los brazos para sujetar a la joven y ayudarla a bajar con cuidado, pues herida como se encontraba dudaba que

tuviera fuerzas para hacerlo sola. No podían permitirse otro retraso que hiciese peligrar la vida de ambos. Una vez pasado el río podrían considerarse a salvo.

Clavando su mirada en ella, Kastan tensó la mandíbula al ver la sangre que recorría su mano en riachuelos púrpura que se extendían hacia su muñeca.

—Por los dioses, Briand, ¿por qué no me dijiste lo que pensabas hacer? —la acusó, observando la herida—. ¿Qué pretendías, morir ahí sentada? ¿Hacer que nos capturaran a ambos cayéndote del caballo?

—Huir era más importante que lloriquear en ese momento —dijo ella—. No hagas un drama de esto, sabes bien que ha valido la pena, lo hemos conseguido y nadie se ha quedado atrás... Deja de reprochármelo.

—Sí, nadie se ha quedado atrás, pero hemos pagado el precio. Ellos están vivos, y tú, herida —se quejó Kastan apartando la mirada—. Nunca, jamás, vuelvas a hacer algo así, ¿lo entiendes, Bria? Podrías haber muerto. Cuando he visto la espada en tu espalda me he temido lo peor, no sé en qué estabas pensando.

Entonces la joven abrió su capa, revelando el objeto que había estado guardando. Colgada de su cinturón había un águila romana, un estandarte empapado y medio rasgado de tela roja y dorada que pendía de un águila de oro macizo tallado en forma de ave con las alas extendidas. La muchacha la apretó con fuerza entre sus dedos antes de cerrar los ojos y suspirar. Estaba cansada, más cansada de lo que admitiría incluso ante sí misma, aunque no podía permitirse decirle eso, pues de hacerlo solo lograría que se preocupara.

Kastan era un hombre terco y obstinado, sí, pero podría cabalgar hasta el confín de la tierra lanzándose a lo desconocido si con ello pudiera evitar que Briand sufriera. Ella sonrió al oír su voz

llamándola impaciente, débil y lejana como si estuviera sumergida bajo el agua y fuera un eco sordo lo que oía.

—No te dejes vencer ahora, sigue despierta, mujer —pidió él—. Voy a llevarte con la gran matriarca... Mantente firme un poco más, Briand.

Ella asintió luchando por abrir los ojos, clavándolos en los del guerrero al sentir que el cansancio la dejaba sin fuerzas. Después, todo se volvió negro.

Cuando Kastan vio que se había desmayado espoleó a *Kant* como nunca antes lo había hecho, rezando a todos sus dioses para que no fuera demasiado tarde y ella no se viese vencida por la pérdida de sangre. Sabía que Briand era fuerte y perseverante, mucho más de lo que parecía bajo esa apariencia de flor delicada, y si lograban cerrar su herida del mismo modo en que ella lo había hecho con la suya se salvaría.

Cuando cruzaron las puertas de la ciudad era noche cerrada y seguía lloviendo como si los dioses descargaran sobre ellos su furia, pero a Kastan no le importó. Bajó de la grupa de *Kant* de un salto y tomó a Briand en brazos. A continuación abrió las puertas de la sala del consejo de una patada y corrió hacia las estancias de la gran matriarca para despertarla. Tras escuchar el alboroto, la anciana apareció en el umbral, ataviada con un ligero camisón de hilo blanco y envuelta en una manta de vellón dispuesta a reprenderlo por su comportamiento. Pero sus palabras murieron en sus labios al ver qué era lo que cargaba entre sus brazos.

Durante unos segundos la mujer dudó, pero pasado ese instante fugaz lo empujó para que se hiciera a un lado y comenzó a andar con rapidez por el pasillo hacia la sala central. El guerrero nunca la había visto moverse con tal celeridad en su vida, y la conocía desde que había salido del vientre de su madre.

—Tiéndela ahí, delante del brasero, deprisa —urgió la anciana.

Kastan obedeció, dejando a Briand, que estaba inconsciente, sobre la mesa. Besó su mano fugazmente antes de volverse, nervioso.

—¿Qué debo hacer? —dudó.

—Despierta a las demás matriarcas, rápido —ordenó Nealie mientras tomaba varios frascos de barro cocido y los depositaba sobre la mesa.

El guerrero obedeció las órdenes y despertó a las matriarcas que esa noche se habían quedado en el salón del consejo: las más ancianas y sabias, madres de tres generaciones, Serabal y Cealak. Las dos mujeres se apresuraron al ver la sangre que manchaba la túnica de Kastan y salieron al gran salón un par de minutos más tarde, sabiendo que algo había ido terriblemente mal en el ataque. Nealie ya había colocado cuencos de agua y diferentes frascos con hierbas y especias alrededor de la muchacha, y las otras asintieron al ver la selección de plantas que había elegido: caléndula, tilo, milenrama, sauce y romero, entre muchas otras.

Briand necesitaría toda la ayuda curativa que la naturaleza pudiese darle, y al verla en aquel estado las ancianas temieron lo peor y cubrieron su expresión pesarosa para que el hombre no las viera. Bastante malo era que fuese justo él quien se enfrentara a aquella desgracia.

Que la joven hubiera sido herida no presagiaba nada bueno.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Serabal mientras se arregangaba la camisola—. ¿Están bien todos los demás? ¿Está bien mi nieto?

—Sí. Los muy desgraciados nos tendieron una emboscada, pero el grupo está bien —respondió Kastan—. Tenéis que ayudarla, está perdiendo mucha sangre.

—Eso ya lo vemos, muchacho, no hace falta que señales lo obvio —dijo Cealak.

Haciendo caso omiso de la respuesta, Kastan se volvió hacia Nealie y la tomó del brazo de forma casi desesperada. La mujer

le miró compadeciéndose de él, pero la resolución asomó en sus ojos de color aguamarina, el mismo que brillaba en los del hombre, sangre de su sangre.

—Gran madre..., abuela, nunca te he pedido nada para mí, lo sabes mejor que nadie. Y debo hacerlo ahora —suplicó—. Sálvala, te lo ruego.

—Lo haremos, no temas. —La anciana sonrió tomando su mano—. Ahora vete, nos ocuparemos de todo. Su vida está en nuestras manos, y por el vínculo que nos une te juro que no dejaré que muera.

Asintiendo, Kastan salió de la sala y se sentó en el suelo junto a la puerta, escuchando todo lo que ocurría en el interior por si había algún cambio o lo necesitaban. Al principio no oyó nada, pues ellas estaban hablando en susurros que no lograba descifrar. Sin embargo, tras lo que le parecieron horas, oyó cánticos antiguos y las pisadas de las tres mujeres sobre la piedra. Parecía que al fin habían comenzado los rituales de sanación, y rogó en silencio para que surtieran efecto. Entonces los gritos de Briand resonaron por todo el lugar, logrando que Kastan se levantara bruscamente y entrara en el salón abriendo la puerta de golpe. La escena que se dibujó ante sus ojos hizo que se le encogiera el estómago y que le doliera el corazón.

Habían tumbado a Briand bocabajo quitándole la parte superior del vestido para poder curarle la herida, y, mientras Cealax y Serabal la sujetaban, Nealie le atravesaba la piel con una aguja y un hilo fino y oscuro. Kastan entrecerró los ojos al ver lo que hacían y corrió hacia ellas para impedir que siguieran infligiendo aquel dolor a Briand. ¿Por qué harían algo así? Les había pedido ayuda, no que le causaran más daño.

Acercándose a las mujeres, tomó la mano de Nealie y la detuvo. La anciana lo miró con dureza, pero él no la soltó. No permitiría que le causaran dolor si podía impedirlo, tenía que haber otra forma de cerrar aquella herida.

—¿Quieres que se salve o no, Kastan? —dijo Nealie.

—Encuentra otra forma de hacerlo —exigió él—. ¿Acaso no ves que está sufriendo?

Sin embargo, la voz de Briand los sobresaltó a todos. Kastan se arrodilló frente a ella y sus frentes quedaron unidas. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero la joven le sonrió como si nada malo hubiera pasado. Aún le sorprendía darse cuenta de cómo aquella mujer podía lograr que el corazón se le encogiera sin proponérselo siquiera.

—Déja que lo hagan, Kastan, puedo aguantarlo —murmuró.

—No tienes que pasar por esto, y no seas terca —susurró él—. Podemos vendarte y que las hierbas hagan su...

—He sido yo la que se lo ha pedido, amor, es una forma de curar de mi época —interrumpió ella—. Por favor, deja que cumplan con su cometido, puedo lidiar con ello.

—Bien, pero permaneceré a tu lado se oponga quien se oponga —dijo Kastan.

—Ni yo quisiera que fuese de otra manera —respondió Briand con una sonrisa, antes de perder de nuevo la consciencia.

En los que el guerrero consideró los minutos más largos de su vida, la joven entró y salió de su letargo entre gritos y lágrimas.


Mientras luchaba por sobrevivir, Briand recordaba todo lo que había pasado hasta llegar a los brazos de Kastan. Su vida había dado demasiadas vueltas en apenas un año, pero no cambiaría su destino por nada. A fin de cuentas, habían sido sus errores los que la habían llevado a ser la mujer que era: compañera, guerrera, amiga y miembro de pleno derecho de una tribu celta.

No, no cambiaría su destino por nada del mundo.



CAPÍTULO 1

Otoño, 1913

 La lluvia caía sobre los adoquines y la joven se permitió un suspiro. Acercando el rostro al cristal del automóvil, sopló sobre el vidrio, que se empañó con un halo de vapor.

Parecía que no se iba a librar del mal tiempo ni siquiera ahora que regresaba a casa, si es que podía llamar así al lugar al que se dirigían, pues ella se consideraba una mujer de dos tierras: la de su padre y la de su madre. Sonrió por la mera ocurrencia, sabiendo lo que dirían sus conocidos ingleses de ello, pues a pesar de todo le gustaba esa dualidad que hacía que perteneciera a ambos lugares. A los dos y a su vez a ninguno, de algún modo extranjera entre dos tierras. Oxfordshire era el lugar donde había nacido, y no era tan diferente de Londres, donde hasta entonces había vivido, o del norte de España, donde había nacido su madre y ella había pasado su infancia. Le gustaba sentir el aire húmedo de Cantabria llenándole el pecho y refrescándole las mejillas, lejos del sol agobiante que jamás le había favorecido.

—Estamos a punto de llegar, creo. ¡Ay, niña! No es así como imaginaba la tierra de tu madre, qué decepción —dijo a su lado una voz femenina, trayéndola de nuevo a la realidad—. ¡Qué frío hace y qué arboledas tan brumosas nos rodean! Y pensar que ya me hacía yo bañándome en unas maravillosas aguas azules, ingenua de mí. ¡Qué lugar dejado de la mano de Dios!

La joven rio al oírlo. Conocía demasiado bien a la mujer como para saber que estaba pensando algo parecido desde que bajaron del barco y subieron al automóvil que las llevaría a su nueva casa. Sin embargo, no dijo nada y dejó que su mirada se perdiera en el paisaje a medida que el vehículo avanzaba hacia su hogar.

—Que no te oigan decirlo, nana —respondió—, podrían pensar que eres una inglesa remilgada.

—¿Remilgada? No lo creas, inglesa sí, y a mucha honra —afirmó la mujer, chasqueando la lengua.

De pronto, como si escuchara sus quejas, el tiempo dejó que la niebla se levantara un poco y mostrara la belleza del paisaje que bordeaba la accidentada carretera. El camino no era malo, pero algunos baches provocaban que el cómodo Cadillac se zarandeara, para desconcierto de la mujer y alegría del señor Tamble, que como todo buen chófer estaba disfrutando de aquel animado trayecto en automóvil. Los robles y las hayas bordeaban el camino, y la hierba crecía salpicada de flores: margaritas y acederillas pálidas como la neblina, aunque tan vivas que coloreaban el sendero que rodeaba la carretera hasta donde se perdía la vista.

La muchacha sonrió incapaz de contener la emoción. Hacía tantos años que no había recorrido aquel camino... Sentía que estaba regresando al lugar al que en realidad pertenecía, a la tierra donde de niña se había sentido libre y feliz como en ninguna otra parte.

Llevaba mucho tiempo cansada de vivir las normas que otros habían dictado para las jóvenes de buena familia: «Póngase los guantes de seda para la noche, de encaje para el día; sonría y nunca pierda la compostura; jamás diga nada fuera de lugar ni levantando la voz más de lo debido; sea coqueta pero recatada a la vez; insinúe sin ofrecer; luzca hermosa, pero inaccesible...». La lista era interminable. Siendo sincera, envidiaba a las muchachas que no pertenecían a su clase social, pues eran mucho más libres que ella. Por eso viajar hasta Cantabria, a la casa familiar en la que tan dichosa había vivido junto a sus padres, alejarse de Londres y de sus salones y fiestas, suponía toda una declaración de intenciones.

—¿Podría bajar la ventanilla un poco, Robert? —pidió—. Ansío saborear el aire fresco y oler las flores.

—¡Bria, no! —exclamó la mujer—. Es casi otoño y el viento es frío, no querrás constiparte, ¿verdad?

El comentario arrancó una risa de la joven, que rodeó a su acompañante por los hombros.

—Si no enfermé en Londres, que es un pozo húmedo, mucho menos lo haré aquí, donde la brisa es un bálsamo. ¡Oh, vamos, nana! Disfruta un poco del viaje, ya casi hemos llegado a casa y podrás poner firme a todo el mundo como solías hacer en Inglaterra. ¿Qué te parece?

—Yo no pongo firme a nadie, lo que pasa es que soy estricta con las normas.

—¡Era una broma, nana! —respondió la joven sin perder la sonrisa—. Mi dulce Annie, te quiero mucho, deja que sea yo quien te cuide por una vez. Tú déjate llevar e imagina que estás en un cuento como los que me leías de niña, ¿de acuerdo?

A regañadientes, la mujer dejó que las palabras de la joven actuaran sobre ella como un sedante, animando el humor decaído en el que se había estancado tras salir de la mansión en Inglaterra.

Para ella, mudarse de una casa cómoda situada en una ciudad cómoda, de un condado cómodo del que ya conocía cada rincón, donde tenía amistades y círculos sociales de muchos años, había sido un golpe difícil.

Pero no había nada que no hiciera por la chiquilla a la que había visto nacer y que había ayudado a criar, a la que quería como a una hija. Pese a que hacía tiempo que esa chiquilla era ya una joven de más de veinte años, la mujer había seguido al servicio de la familia, cuidando de su día a día. Más que su nana, se había convertido en una suerte de tutora, y velaba por ella noche y día desde que el padre de la joven había fallecido. Por eso estaba sentada en ese artefacto, en ese «automóvil», como lo llamaban los visionarios, camino a un país tan diferente al suyo por lealtad y cariño hacia ella. Ahora estaba sola en el mundo, y no la abandonaría ni aunque tuviera que viajar a tierras peores que esa.

—Bueno, tu madre creció aquí, y tu padre fue feliz durante el tiempo que pasaron —dijo la mujer al cabo de un rato, con los labios fruncidos en una línea—. Si él pudo soportarlo yo también podré.

Cuando el vehículo tomó velocidad, una sonrisa radiante se dibujó en el rostro de la joven heredera.

—Brisa marina —exclamó—. ¡Oh, nana, casi siento que puedo tocar mi casa!

—Si tú lo dices —respondió la institutriz, arrebujiándose bajo su mantilla.

—En realidad está en lo cierto —apuntó el chófer, el señor Tamble—. Cuando pasemos esta colina podrán ver la ciudad y el mar.

Santander era una ciudad realmente hermosa, con su clima templado y la brisa salada que la acariciaba, su amplia bahía rodeada de contornos verdes y exuberantes, y sus playas de arena dorada, que contrastaba con las calles empedradas.

Briand Thomas Martín había pasado tanto tiempo viviendo lejos de allí que, en contraste con las playas británicas de aguas tenebrosas, regresar al mismo Cantábrico donde de niña se había bañado, jugado y divertido tanto supuso un bálsamo para su corazón herido. Ahora que había perdido a la única familia que le quedaba, su padre, volver al lugar donde había sido feliz resultaba casi la única opción que podía soportar. Sabía que no estaría sola mientras tuviera a Ann y a Robert, pero hasta que dejara atrás aquel duelo, sumergirse en recuerdos y lugares alegres era su único consuelo.

Mientras la joven dejaba que se le perdiera la mirada en el tranquilo romper de las olas en la bahía, la mujer que la había instruido desde niña, la respetable señora Ann Jane Davis, recorría con ojos ávidos el paisaje que las rodeaba. No había esperado un recibimiento cálido o una tierra generosa, pero al parecer había estado equivocada en sus suposiciones más pesimistas. Le gustaba lo que veía, y pensó que, si la posibilidad de quedarse a vivir en esa tierra era real, sería mejor acostumbrarse cuanto antes y dejar de buscar defectos a todo lo que le recordara que no estaba en su amada Inglaterra.

Los picos de Europa quedaban atrás, cimas lejanas que apenas se vislumbraban ya desde la bahía, y los árboles y su verdor rodeaban el camino, haciéndose menos frecuentes a medida que en su recorrido iban irrumpiendo las fincas, grandes propiedades de estilo colonial con amplios jardines y barandas de piedra que rodeaban ambos lados de la calle. Ann se preguntó si la casa de la señorita sería una de esas hermosas mansiones. Poco faltaba para saberlo, pues la residencia no estaba situada en la ciudad de Santander, sino a las afueras.

Como si hubiera oído sus pensamientos, el chófer se desvió y torció a la derecha por una tangente de tierra cobriza salpicada de brezos que se alejaba de la línea de piedra que llevaba a la ciudad.

—¿Queda mucho, señor Tamble? —inquirió la mujer—. No creo que tenga el suficiente ánimo como para soportar por más tiempo el traqueteo de este automóvil.

El aludido rio afable, sin desviar la mirada del camino ni un ápice.

—Apenas quedan un par de minutos —respondió—. Tranquilícese, que después la invitaré a una copita de brandi en la casa.

—¡Qué alivio, por Dios bendito, no soporto este trasto! —suspiró Ann.

Al cabo de cinco minutos, la propiedad de los Martín se hizo visible y los tres recién llegados pudieron observarla. Rodeada por una valla de hierro forjado salpicada de hiedras, eso fue lo primero que vio de la casa de su infancia. El cercado recorría el perímetro de la finca, de unos dos kilómetros, y un amplio jardín boscoso rodeaba la casa y se perdía lejos de la propiedad, muchas hectáreas más allá.

Lentamente, el Cadillac se acercó a la puerta de hierro forjado y el señor Tamble detuvo el motor para abrirla. Con un sonoro y chirriante ruido metálico, la apartó hacia un lado y posó el portón con suavidad sobre la hierba. A continuación se limpió la herrumbre que se le había adherido a las manos. El jardín estaba descuidado y lleno de matorrales y malas hierbas, aunque no se podía decir que no fuese un jardín vivo. Manzanos, higueras, castaños y nogales rebosaban de frutos y, si bien se veían descuidados, sí que estaban muy vivos, con lo que no resultaba difícil ver el potencial del lugar.

Ann frunció los labios al verlo, sabiendo que había mucho trabajo que hacer y que allí hacía falta mucha disciplina. Tendría que meter a los criados en vereda sin tardanza, pues no se podía permitir algo así en una finca de buen nombre.

Cuando dio por finalizado su análisis de los jardines, Ann dejó que sus ojos azules se posaran en la mansión en la que vivirían

a partir de ahora. Era, como decían los españoles, una casa india-
na, aunque para los británicos era colonial. Tenía tres plantas
y estaba construida en piedra; los ventanales, altos y estrechos,
rodeaban la balconada de la parte delantera, donde un porche
con columnas de madera blanca sostenía una galería de cristal
cerrada. Los faroles del pórtico principal estaban apagados, pero
a la mujer le gustó el detalle de la iluminación en la puerta.
Aquella no era la única entrada: había una trasera que daba sali-
da al jardín y a un bosquecillo, y otra lateral, que era la que utili-
zaban los miembros del servicio de la casa.

Ann Jane Davis estaba deseando bajar del automóvil, así que
cuando Robert se detuvo frente a las escaleras y le abrió la puer-
ta se levantó de un salto y se alisó las arrugas de la falda antes de
darle las gracias. Apreciaba al hombre, con el que había llegado
a encariñarse con el paso del tiempo, y en un intento por ocultar
su sonrojo se volvió para esperar a Briand, que en ese momento
estaba bajando por el otro lado.

—Al fin en casa —proclamó la joven—. ¿Qué te dije, nana?
¿Inspirador o no?

—No sabes cuánto, niña —respondió Ann poniendo los
brazos en jarras—. Y bien, ¿dónde están todos?

Chófer y ama se volvieron al oír la pregunta, una confundi-
da y el otro asombrado.

—¿A qué se refiere, querida señora? —inquirió Robert pasa-
dos los segundos de decoro para permitir que se explicara—.
¿Espera usted a alguien?

—¡Por supuesto! —exclamó Ann—. ¿Acaso no saldrán a re-
cibirnos los criados, señor Tamble?

Ambos rieron al ver la cara de indignación que ponía la pe-
lirroja institutriz, sabiendo lo que iba a pensar cuando cono-
ciera su nueva realidad. Sin embargo, la risa de Robert cesó
rápido.

—Creo que está un poco confundida, querida Annie —respondió ofreciéndole su mano, gesto que ella aceptó, para dirigirse juntos hacia la entrada—. En esta casa solo hay una criada, aparte de la cocinera y yo mismo. No recuerdo haber visto a más de cinco o seis miembros del servicio ni siquiera cuando vivían los señores.

—Eso explica la dejadez. Sin embargo, no me lo explico —respondió ella—. ¿Cómo pensaban mantener una finca como esta únicamente con una criada, un cochero y una cocinera? Por Dios, bendita ingenuidad.

—Para eso estás tú ahora, nana, para ocuparte de la casa y hacer que las cosas fluyan —intervino Briand—. Robert podrá ayudarte cuando no esté conduciendo, y también hará de mayordomo, ayuda de cámara y jardinero. ¡Lo que tú quieras! Pero, por favor, intenta vivir en esta casa con alegría. Lo prometiste, ¿recuerdas?

—Y yo cumplo lo que prometo, niña, por eso estamos aquí —sonrió la mujer.

No había terminado de hablar cuando llegaron a la puerta. Entonces Briand sacó del bolso una llave de hierro, que giró un par de veces antes de que se oyera el clic de la cerradura y la hermosa puerta tallada de roble se hiciera a un lado para dejar que pasaran al que, desde ahora, habría de ser su hogar.



Cuando las maletas tocaron tierra una nubecilla de polvo envolvió el lugar, haciendo que el joven que tenía el juego de llaves entre los dedos tosiera y moviese el manajo de hierro para alejar el polvo. Sin embargo, ni siquiera la dejadez de la casa podía empañar su ánimo en ese momento. Notaba cómo la alegría le recorría el cuerpo y la emoción de saberse libre por primera vez lo embargaba, y nada cambiaría eso.

—Muévete, Marcus, vas a echar raíces si sigues ahí ensimismado, hermano —bromeó el chico mientras introducía la llave en la cerradura.

El aludido bajó la mirada del cielo despejado y la clavó en su hermano pequeño. Con una sonrisa, este giró el pomo, lo que arrancó un chasquido de la madera; trataba de moverla hacia delante sin éxito. Al parecer, la vieja puerta se había hinchado y se había quedado atascada.

—¿Quieres ayuda? —le ofreció su hermano.

—No hace falta, puedo solo, gracias —dijo el menor forcejeando con la llave—. Vaya, quién habría pensado que estaba tan atrancada...

—Prueba a darle con la cabeza, Reg, con lo dura que la tienes seguro que logras derribarla. —Sonrió el mayor—. Si no, siempre puedes darle una patada.

—Muy gracioso, sabiondo, aunque en realidad creo que eso último podría funcionar —se quejó el joven—. Si se rompen los goznes te haré responsable, hoyuelos, tú pagas.

—Menos quejarse y más empujar, hermanito —se burló Marcus, apartándose de la frente un mechón rubio.

Con un asentimiento, el joven soltó el aire que había estado reteniendo y se lanzó hacia delante empujando con todas sus fuerzas, para caer al suelo de bruces en cuanto la vieja puerta se abrió y reveló por fin lo que había tras ella, el interior de la casa. Marcus entró, tendiéndole la mano a su hermano para ayudarlo a que se levantara. Reg la estrechó y se puso en pie mientras se limpiaba el polvo de la camisa y los pantalones.

—Estoy hecho un desastre —se lamentó, intentando arreglar el desaguisado.

—No más que de costumbre —respondió Marcus.

Sin mirarle, el mayor tomó las maletas y las depositó dentro. La habitación estaba oscura, pues aquella casa llevaba varios

años deshabitada, y el olor a humedad era intenso. Sabiendo que las lámparas de aceite estarían gastadas y no habría tendido eléctrico, se adelantó hasta las ventanas para abrir las contraventanas de madera y dejar que la luz solar entrara. La sala se iluminó y una ráfaga de aire fresco se llevó el olor a rancio.

No podían quejarse. Era lo mejor que había conseguido con el dinero que podía permitirse pagar.

Hacía apenas unas semanas que había tomado la decisión definitiva. Marcus no quería ser un periodista enclaustrado en el periódico londinense de turno en el que su padre pudiera colocarlo gracias a su trayectoria como columnista; lo que él quería era ser independiente.

Ansiaba recorrer todos los lugares de los que tanto había leído, perderse en los mares de arena de Arabia y visitar sus exóticas ciudades, contemplar los amaneceres de África y viajar al Nuevo Mundo para descubrir sus maravillas.

Como siempre había tenido talento innato para la escritura, su padre había intentado convencerlo de que se uniera a él en el *Daily Mail*, pues a fin de cuentas era un empleo sencillo que proporcionaba un sueldo nada desdeñable y, sobre todo, comodidad.

Esa cualidad era muy valorada por todo caballero inglés que se preciara, pero no por él. Marcus soñaba con una vida poco convencional. Quería escribir libros contando las aventuras que viviría. Pero para su padre, ser un soñador era un error. Sin embargo, tras conocer su decisión este no había insistido más. Puede que su hijo fuese un idealista, pero Axel Scott sabía que en el fondo Marcus siempre buscaría formar una familia y vivir en paz. Las aventuras y los sueños eran propios de su juventud y de su carácter algo impetuoso, esas veleidades ya se le pasarían con el tiempo, pensaba el hombre.

Con Reginald era diferente, pues el menor de los hermanos no tenía interés por nada más que por vivir la buena vida y, aunque

su padre lo quería mucho, sabía que tenía bastante camino que recorrer antes de siquiera pensar en sentar la cabeza. Había dejado atrás la adolescencia hacía tiempo pero parecía anclado en ella, y por eso seguía a su hermano a todas partes. Marcus lo cuidaba como a un niño.

Y allí se encontraban, preparados para empezar una nueva vida en solitario, dispuestos a labrarse un futuro y un nombre por sí mismos.

Recorriendo la casa con la mirada, Reginald se cruzó de brazos y se sentó sobre la destartalada mesa del comedor.

—No está tan mal este lugar, Marcus, parece una vieja gloria —comentó—. Creo que si lo adecemos un poco podremos convertirlo en una buena casa.

—Sí, es mejor de lo que pensaba —admitió el mayor de los hermanos—. Hicimos un buen trato alquilando esta casa; además, aunque no esté en su mejor momento es lo máximo que podíamos pagar.

—Al menos está en un barrio de ricachones, tendremos vecinos interesantes —respondió Reginald encogiéndose de hombros.

—Baja de las nubes, hermanito. No sueñes con cosas que no están a nuestro alcance, no es eso lo que buscamos, ¿recuerdas?

—Habla por ti, hoyuelos, tú eres el soñador—respondió Reginald—. Yo sencillamente soy práctico.

Marcus rompió a reír antes de sentarse sobre la mesa junto a su hermano, rodeándole los hombros con el brazo. Las patas del mueble crujió por el peso de los dos jóvenes.

—Conque práctico, ¿eh? —repitió—. Bueno, pues si eres tan práctico puedes empezar echándole un vistazo a la casa y ver si hay algo que nos pueda ser útil. Yo voy a ir al mercado para comprar algo para la cena y el periódico.

—¿Y no puedo ir yo? —sugirió Reginald.

—¿Para que te distraigas con cualquier cosa? Buen intento, Reg, pero te conozco. Lo que tú quieres es ir a tantear el panorama y ver si ronda alguna dama, así que ya puedes irte olvidando. Hay que deshacer las maletas, no perdamos toda la tarde o no comeremos.

Suspirando, Reginald bajó de la mesa de un salto con una mirada cargada de resignación. Era carismático y encantador, y poseía un porte elegante y atractivo. Sus ojos verde claro y su ondulado cabello oscuro despertaban la atracción de muchas mujeres, y por eso siempre tenía líos de faldas. Era joven, pero a diferencia de Marcus creía que la mujer perfecta no existía. De hacerlo, sería la suma de muchas de ellas, y de ahí la necesidad de conocerlas a todas. Esa era su filosofía.

—Bien, como quieras, ve tú solo —dijo—. Yo me quedaré aquí y limpiaré el polvo como un mayordomo obediente.

—No seas melodramático, Reginald —suspiró Marcus—. No tardaré, lo prometo.

—Era una broma —respondió el otro con una sonrisa—. Vamos, vete ya, tengo hambre.

Asintiendo como toda respuesta, Marcus salió de la casa tras una breve despedida y comenzó a caminar hacia el pueblo que habían visto al llegar. La carretera de tierra sin asfaltar recorría la línea costera en dirección a la ciudad, y a cada lado del camino se alzaban villas coloniales con amplios jardines. Como Reginald había dicho, aquel era un barrio de gente rica.

Una vez pasada aquella zona, las propiedades se volvieron más normales, con jardines más pequeños y barandillas menos altas, pero el encanto de la arquitectura colonial seguía siendo visible en ellas. Cuando llegó al final se encontró en lo que parecía ser el centro del lugar, una plaza adoquinada con baldosines de piedra en la que había numerosas tiendas. Un pequeño mercado de puestos ambulantes se alzaba a un lado y varias mesas de

madera en las que los ancianos jugaban a las cartas al calor del sol de la tarde completaban la vista.

Marcus se acercó a uno de los puestos, recordando lo que había salido a comprar.

—¿Vende prensa? —preguntó.

—Por supuesto —respondió la tendera con una sonrisa—. Diga, muchacho, ¿viene de muy lejos? Se ve que es usted extranjero, pero no tiene apenas acento al hablar, aprendió muy bien nuestro idioma.

—Soy de Londres, mi buena señora —aclaró Marcus devolviendo la sonrisa—. Mi hermano y yo nos acabamos de mudar a esta ciudad.

Aquello pareció sorprenderla, pues abrió los ojos como una lechuza mientras le envolvía el pedido de carne y verduras que el joven rubio señalaba y lo guardaba en una bolsa.

—¿Vienen para quedarse? —inquirió curiosa.

—Esa es nuestra intención, sí —respondió Marcus.

— Me alegra oírlo, aunque me temo que ninguno de los periódicos que encontrará por aquí es inglés; tendrá que conformarse con la prensa local.

—Oh, no busco noticias de mi patria. Tengo familia allí que puede informarme, aunque gracias —afirmó Marcus—. Ha sido un placer conocerla, señora.

—El placer es mío, joven, vuelva cuando quiera.

Marcus se despidió tras pagar la mísera cantidad de monedas que costaba su pedido de comida y prensa, y mientras volvía leyó el titular de aquel periódico español, ignorando que aquellas palabras cambiarían su vida.

«El presidente francés ordena la prolongación del servicio militar para hacer frente al rearme del ejército alemán.»